

ROOSEVELT Y EL REARME ESPIRITUAL (1)

Roosevelt

Hay en la vida austera de Roosevelt mucha enseñanza. Su acción de gobernante es un ejemplo de vigor y de inteligencia. Analizarla y comentarla es deber de todo amante de la libertad en estos momentos de restauración democrática.

Muchas conferencias serían necesarias para abarcar los variados y numerosos temas que sugiere la fecunda obra que este eminente ciudadano del mundo realizó con claro concepto de libertad verdadera, con profundo sentimiento de justicia social y con gran fé en el pueblo. Tocóle solucionar problemas difíciles y siempre lo hizo con gran maestría política. No temía a los conflictos, los enfrentaba y los resolvía. Desconcertó, en un principio, por la audacia de sus planes pero su sinceridad y energía —energía legal— pronto le procuró una fervorosa y mundial adhesión. Fué gran político y grande hombre.

A diferencia de Hitler, que atribuyéndose mandato divino y explotando el complejo de superioridad de su raza, organizó y vitalizó para la agresión a un pueblo ambicioso que estaba humillado por la primera guerra mundial, Roosevelt, presidente por mandato de un pueblo libre, incitando a la "lucha por la recuperación del sentido humano de la vida, puesto en peligro por las doctrinas que niegan las libertades

(1) Discurso pronunciado el 7 de junio de 1945, en el acto de homenaje organizado por la Asociación Rosarina de Intercambio Cultural Argentino Norteamericano.

individuales'', organizó y vitalizó un pueblo deprimido por una aguda crisis, a un pueblo aislado económica, moral, política e intelectualmente, por obra del nacionalismo plutocrático de sus antecedentes y que había alcanzado a desatar todas las violencias: intolerancia, racismo y política anti-obrera.

Roosevelt supo transformar el ambiente de su país; lo sacó del aislamiento y de la depresión. le infundió optimismo, ideales y realismo democráticos. Para ello tuvo que recurrir a procedimientos nuevos que implicaban cambios profundos en normas y criterios arraigados, y supo hacerlo con habilidad y eficacia; progresiva y firmemente. Gran estratega y táctico exponía ante el pueblo los problemas, le explicaba sus dificultades y propósitos, le dirigía sus quejas y le participaba sus esperanzas. Pulsaba el ambiente, movilizaba la opinión pública, graduaba la acción y obtenía fuerza legal mediante sanción legislativa.

Democracia

Así, la democracia resultaba lo que debe ser: preocupación predominante por el bien común en un régimen de justicia y de libertad, en un ambiente de orden mantenido por la atención efectiva y adecuada de las necesidades del pueblo y por el respeto a su dignidad. ¡Vida digna en un clima de libertad!

Condición contraria es la de los regímenes totalitarios cuya preocupación dominante es la persecución de las personas que no piensan de la misma manera que el dictador. ¡Vida indigna en ambiente de opresión!

Roosevelt, por respeto al pueblo, expresaba públicamente sus ideas y propósitos, y buscaba en el convencimiento de sus conciudadanos el apoyo necesario para gobernar. Comprendía que gobernar es satisfacer y no oprimir. Sabía que las ideas sólo pueden combatirse con ideas, los justos reclamos con adecuadas satisfacciones. Sabía que el empleo de la violencia no conduce a nada de lo que se pretende; ni se consigue matar

las ideas que molestan, ni se procura el bien general que se busca. En cambio todo se trastorna, se hipertrofia la acción gubernativa en la persecución, se divide profundamente a la sociedad, y se perjudica a la nación. Ninguna obra estable de orden moral, intelectual e institucional puede lograrse. Se sosiega el cuerpo de los hombres pero no puede suprimirse en ellos la agitación de sus mentes y de sus corazones. Aumenta la excitación interna con la calma impuesta en rededor.

Nacido en la opulencia, Roosevelt defendió la causa de los desheredados. Su mentalidad, su espíritu, sus modalidades eran profundamente democráticos y los puso al servicio de la justicia y de la libertad, sin caer en la demagogia. No fué extremista, fué un revitalizador de la doctrina liberal en dura lucha con el marxismo y el fascismo. Frente al peligro de los extremos no opuso la reacción que, en su concepto, hubiera implicado desafío, provocación y desastre; ofreció en cambio un programa de reconstrucción capaz de ser llevado a la práctica, considerando que la realización resulta, por si misma, adecuada protección contra la ciega reacción por una parte y contra el oportunismo por la otra.

La Libertad

Roosevelt amó la libertad que en su entender “significa supremacía de los derechos del hombre en todas partes” y para afianzarla en el mundo trabajó afanoso, incitando a hacer lo mismo a todos los hombres libres. “¡Los que estén dispuestos a sacrificar la libertad esencial por un mínimo de seguridad temporal, no merecen ni libertad ni seguridad!”

Teóricamente, la libertad es la supremacía de los derechos del hombre en todas partes y liberalismo la afirmación de esos derechos en regímenes de libertad. Pero, prácticamente, el liberalismo administró mal la libertad. Más que los hombres, gozaban de ella sus explotadores y así sólo resultaba atributo de los ricos. Considerando Roosevelt que “la liber-

tad individual no puede existir sin seguridad e independencia económica”, proclamó ante el mundo su enunciado de las cuatro libertades esenciales para la vida humana.

- 1) Libertad de información (de conocer);
- 2) Libertad de religión (de creer);
- 3) Libertad de necesidad (remoción de barreras culturales y comerciales;
- 4) Libertad del temor (seguridad de paz).

“Libertades esenciales para la vida humana, como lo son el aire, la luz, el pan y la sal”.

Para poder gozar de la libertad sin temor, hay que asegurarla en todas partes, porque “el mundo es ya una gran veindad, y para asegurarla no hay otro medio que extender y perfeccionar el único régimen de gobierno que la hace posible: la democracia”.

Pero la democracia exige ilustración y responsabilidades individuales y colectivas; no puede establecerse sólo en las “constituciones”. Hay que establecerla en las mentes con expresiones claras de su doctrina y de sus valores, por la conducta ejemplar de los gobernantes que han de conducir enseñando, por la voluntad inquebrantable de los adeptos, que no han de flaquear. Es la democracia régimen que requiere inteligencia y corazones activos, sobre todo lealtad de todos los poderes del Estado, de todos los ciudadanos que juren la constitución. Es régimen que exige sanciones a la inconducta, a la deslealtad y a la traición.

Roosevelt se ha esforzado en todo momento por hacer comprender al mundo el único camino que puede llevarlo a la relativa felicidad a que aspira, al único estado de vida compatible con la dignidad humana. Él ha preparado la cruzada democrática que es apostolado fervoroso para ilustrar a los pueblos, y vigilancia organizada para reprimir las actividades del enemigo que, ayer insolente y agresor, estará en lo sucesivo agazapado e intrigante.

Entre nosotros hay que alistar muchos argentinos para la cruzada intelectual que debe luchar por el triunfo definitivo de la democracia, y que ha de empezar por robustecer el conocimiento acerca de los ideales de Mayo y del realismo democrático al modo de Roosevelt; por recuperar a los extraviados, víctimas de la prédica dañina de los accidentales conductores de la reacción, que en cierto momento lamentable tuvieron el privilegio de ocupar las tribunas públicas, vedadas a las voces democráticas, y las direcciones de la enseñanza, distribuidas exprofesamente entre los más exaltados para, desde esas posiciones, condenar la democracia, ridiculizar el culto a la libertad que tildaron de mito y de prejuicio burgués, y calificar de “*ideólogos enconados*” a los que, cumpliendo con su deber, la defendieron desde la cátedra.

La obra de Roosevelt

En la actuación de Roosevelt se nota una preocupación por inculcar en los pueblos la doctrina que anima su acción. Su palabra es eficaz porque emplea una dialéctica realista pero moral. Roosevelt no era un humanista teórico, era un político certero y noble. Sus ideales lo hacían apostólico y su realismo ejecutivo. Su sentido de justicia lo obligaba a solucionar los conflictos y no a esquivarlos. Enfrenta la crisis económica exigiendo a los ricos para crear trabajo, para aumentar el consumo interno y mantener así la producción; y soluciona la crisis convirtiendo a su país en el más rico y poderoso. Eso fué el New Deal: aumentar la capacidad de consumo como procedimiento para salvar la prosperidad. “¡Siempre hemos sabido —dijo Roosevelt— que el propio interés egoísta era una mala moral; ahora sabemos también que es una mala economía!”

Propicia el New Deal para todo el mundo: Igualdad de posibilidades en el comercio y en el intercambio para todos los países, porque “se ha demostrado una y otra vez que si el nivel de vida mejora en un país, también mejora su poder

adquisitivo y fomenta el deseo de un mejor nivel de vida en los países vecinos con los que comerciará”.

Mejorando así las condiciones de vida en el resto del mundo no sólo se beneficiaría la industria americana, lo que indudablemente le debía interesar, sino que se favorecería a la causa sagrada de la libertad, que para él es el problema primordial. “La libertad individual no puede existir sin seguridad e independencia económica” y “¡no hay libertad para uno si no está asegurada para todos en cualquier rincón del mundo!”

Desde que se inició la agresión totalitaria comprendió la magnitud del peligro y la responsabilidad de su país en el mantenimiento de la paz primero y de la victoria de la democracia después, cuando no pudo evitarse la guerra.

Empezó por “ayudar a los que se oponían a los invasores en lejanas tierras, para asegurar la propia libertad”. Consiguió la ley de préstamos y arriendo para aprovisionar los ejércitos de las naciones unidas, y en esta tarea llegó a convertir a su país en el “arsenal de las democracias”.

Movilizó un pueblo, antes aislacionista, y embarcó sus hombres, por millones, rumbo a los campos de batalla. Convirtió pacíficos ciudadanos de todas las clases sociales en agueridos soldados que llevaron a cabo las empresas bélicas más audaces que registra la historia.

Buena vecindad

Para Roosevelt, la “democracia no podía prosperar en un ambiente de inseguridad internacional. Esta inseguridad —decía— incuba el militarismo, la regimentación y la negación de las libertades de palabra, de reunión pacífica y de religión”. Había, pues, que asegurar la paz. En un examen retrospectivo criticó severamente la política imperialista de su país. Consideró la rémora que significaba para las buenas relaciones interamericanas el desconocimiento recíproco de los pueblos del continente y el error de Estados Unidos en sus actitudes tutelares de hermana mayor y más progresista.

Expresó su gratitud a los escritores, poetas y soñadores que a través del período imperialista, conservaron el ideal de la paz cooperativa que animó a los próceres más eminentes de todos los países americanos. Y se dispuso a trabajar para imponer una nueva política internacional: la política de buen vecino, política de cooperación en todos los órdenes de la actividad humana.

Debió empezar por suavizar asperezas, por no suscitar nuevos celos y desconfianzas y por convencer de la sinceridad de sus palabras. Tenía gran fe en las armas intelectuales y mucha esperanza en la civilización de las américas. En América, decía, “el orden internacional no está edificado por el odio y el terror. Está cimentado en un trabajo efectivo e infinito de buena voluntad”.

La nueva política tendría una aplicación inmediata en América como instrumento de paz y de prosperidad, pero podría y debería extenderse al resto del mundo puesto que el mundo se estaba convirtiendo en una “gran vecindad”. “¡A menos que la paz que ha de venir reconozca el hecho de que el mundo entero es una sola vecindad y haga justicia a toda la especie humana, se mantendrán latentes los gérmenes de otra guerra mundial como una amenaza constante a la humanidad!”.

“Si este procedimiento puede ser fructífero en este Continente ¿sería demasiado esperar que un método del mismo carácter intelectual y con las mismas tendencias espirituales pudiera tener éxito en cualquier otra parte del mundo? ¿Acaso tenemos que aceptar fatalmente que las naciones no pueden descubrir métodos mejores para llevar a cabo su destino, que los que emplearon los hunos y los vándalos hace mil quinientos años?”.

Misión de las Américas

Comprendió Roosevelt el papel que en el orden espiritual tenían las Américas. Los Estados Unidos de Norteamérica han

sido durante la guerra el “arsenal de las democracias”. Sin su contribución no se hubiera podido obtener una victoria tan completa, ni una destrucción tan total de la organización bélica que esgrimía el enemigo como una maravilla de perfección y eficacia. Toda América, el continente americano, tiene ahora la misión de construir el arsenal de los valores espirituales, valores que venidos de la Europa se vigorizaron por el trasplante a estas tierras de libertad.

Hay en la cultura del norte y del sur, sobre un fondo común de amor a la libertad, valores distintos que se complementan admirablemente para el mejor cumplimiento de la misión espiritual de América.

La agresividad impune de la política delincuente del fraude y la intensidad de la propaganda nazi, disfrazada de nacional, logró crear en el pueblo argentino un gran escepticismo. Felizmente se advierte una saludable reacción y por obra de la generación joven el país no tardará en rehabilitarse y ocupar el lugar que le corresponde en el concierto armónico de las democracias.

Hay que orientar a esa juventud, facilitarle los elementos de juicio y las oportunidades para que pueda cumplir su elevada misión, en la política interna del país y en la internacional, del hemisferio y del mundo.

En lo interno su ideario es el mismo de los días iniciales de la república, el ideario democrático de Mayo, fortalecido por la patriótica inspiración de Echeverría, por el aporte de las bases que Alberdi ofreciera a los constituyentes del 53 para estructurar las normas fundamentales de la nación.

En lo continental, es la “unión americana de naciones soberanas”, concepción de vida americana congénita con nuestra independencia nacional.

En lo universal ha de ser el nuevo orden propiciado por Roosevelt, orden de libertades y justicia, no de “alianza impía de poder y despojos para esclavizar al género humano”.

Cooperación intelectual

No obstante que las naciones de América desde sus orígenes han declarado su disposición a la armonía y colaboración, el aislamiento fué prolongado a causa de las grandes distancias que separan a los países americanos y a las dificultades en sus comunicaciones, así como también debido a las preocupaciones de orden interno. Recién en los últimos años el intercambio cultural se intensifica y organiza por obra de conferencias, sociedades y gobiernos.

El perfeccionamiento de las trasmisiones radiales y el transporte aéreo contribuirán, sin duda, al mejor conocimiento mutuo de los pueblos.

Cuando, después de la primera guerra mundial, se trató de estructurar una paz duradera, la Liga de las Naciones tuvo en cuenta los aspectos jurídico y político de las relaciones internacionales y olvidó el aspecto cultural. Más tarde (año 1922) rectificó el error al advertir que "Si el mundo se hacía más cultivado e inteligente y si los pueblos se conocían y comprendían mejor los unos a los otros, era posible que resultara menos penoso encontrar las fórmulas de la paz y la seguridad".

De esta consideración nació primero la "Comisión Internacional de Cooperación Intelectual", que presidió el filósofo Henry Bergson y luego (año 1924) el "Instituto Internacional de Cooperación Intelectual" de la Sociedad de las Naciones para fomentar la "colaboración de los pueblos en todos los dominios del espíritu, para asegurar su aproximación y su entendimiento".

Se inicia así un movimiento cultural de amplitud mundial, pero ya mucho antes los países americanos habían organizado sus relaciones culturales. Desde sus orígenes, las naciones americanas declaran la conveniencia de la colaboración, pero ha de pasar mucho tiempo antes de que las vinculaciones, sobre todo en materia cultural, adquieran importancia; mas

de cualquier manera la existencia de esa tendencia es de significativo valor.

En el año 1889 se funda en Washington la *Unión Panamericana* para coordinar informes y estadísticas comerciales, labor que en 1896 se extiende al orden intelectual intensificándose luego en 1928 con la creación de la *Oficina de Cooperación Intelectual*. Posteriormente se fundan otras instituciones particulares de carácter permanente, con o sin apoyo oficial, entre las que se destacan fundaciones filantrópicas como las dotaciones Carnegie, Rockefeller y Guggenheim, el Instituto de Educación Internacional, etc. en Norte América y Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, y la Comisión Nacional de Cultura en nuestro país.

Numerosos congresos, conferencias y reuniones periódicas, científicas, artísticas, educacionales, etc. y, especialmente, la de los P. E. N. Clubs, contribuyen a la cooperación intelectual.

En toda reunión interamericana se ha dado gran importancia al aspecto cultural, aún en las realizadas con el fin de prevenir la guerra y fomentar las relaciones comerciales, como son las ocho *Conferencias Internacionales Americanas* y que tuvieron lugar en Méjico, Rio, Buenos Aires, Santiago, La Habana y Montevideo, en los años 1900, 1906, 1910, 1923, 1928, 1929 y 1938 respectivamente.

En julio 27 de 1938 la Secretaría de Estado de los Estados Unidos creó la *Sección de Relaciones Culturales* para alentar y estrechar las relaciones culturales y la cooperación intelectual. Esta repartición oficial entró en relación con gobiernos americanos y con instituciones privadas interesadas en el mismo fin. Organizó conferencias sobre arte, exposiciones ambulantes e intercambio de profesores. Recomendó: escoger las mejores fuentes en América Latina para informarse y luego disseminar conocimientos sobre educación en cada país; nombrar agregados culturales en las representaciones diplomáticas de los Estados Unidos; impulsar el estudio del español y del portugués en las escuelas diplomáticas de los Estados Unidos; preparar libros sobre historia y economía política de la-

tino América para las escuelas elementales y secundarias de los Estados Unidos; fomentar la amistad interamericana mediante el intercambio de libros y otros impresos y acordar los métodos más prácticos para ponerlos al alcance del público; sugerir a las casas editoras la creación de exposiciones permanentes en las sedes de las sociedades interamericanas; abaratar el costo del libro y su transporte; urgir a las bibliotecas de los diferentes países americanos a que adquieran las publicaciones de los demás y organicen exposiciones, pláticas, conferencias y discusiones, etc.

En una primera época, que puede considerarse extendida hasta el año 1937, las actividades de todos los congresos y conferencias de intelectuales se caracterizan por la preocupación de hacer conocer la cultura de cada país, intercambiar hombres de ciencia, artistas, profesores y alumnos; fomentar la investigación científica, facilitar su realización en un país y su continuación en otro cuando fuese necesario. En una palabra, interesaba acrecentar el patrimonio espiritual de la humanidad por el aporte de todos, en un clima de “*desarme moral*”, tal como lo había propiciado la Liga de las Naciones en pro de la consolidación de la paz. La cooperación intelectual se consideraba independiente de la política, y universal en su principio.

¡Ya sabemos lo que sucedió! El apoliticismo intelectual contribuyó a facilitar el avance de la reacción y la preparación de la segunda guerra mundial. Antes de su estallido se empezó a hacer conciencia de que la consolidación de la paz no podía alcanzarse con desarme moral, pero ya era tarde.

Desde que la inteligencia empezó a no ser respetada en forma expresa, desde que se oyera el grito de “muera la inteligencia”, la intelectualidad no pudo seguir desentendiéndose de la suerte de la libertad. Y se impuso el *rearme moral*.

Así se entendió en la reunión del P. E. N. Club de Buenos Aires en 1937 y en las *Conferencias Americanas de Comisiones nacionales de cooperación intelectual*, celebradas la primera en Santiago en 1939 y la segunda en La Habana en

1941. Crear e intercambiar cultura para aumentar el patrimonio cultural no bastaba, era necesario protegerlo, defender la libertad de pensamiento, base del progreso de la Humanidad.

Roosevelt, rejuvenecedor del ideario democrático, reanimador del culto a la libertad y a la justicia, comprendió que para el respeto y la seguridad del hombre era indispensable empezar por estrechar vínculos amistosos y culturales, promover la cooperación intelectual con finalidades democráticas, al servicio de la libertad y de la conservación de los valores espirituales.

Este *rearme espiritual*, este aspecto cultural de la cooperación continental de la obra de Roosevelt es, quizás, el menos conocido por cuanto es el menos espectacular, pero es sin duda de la mayor importancia por sus alcances y significación.

El trató de establecer una colaboración democrática, leal a la causa de la solidaridad hemisférica, pero también leal a cada nación. No una colaboración vergonzosa, disimulada, antipatriótica, traidora como la de las "quintas columnas" del totalitarismo.

La seguridad de la paz futura exigía protección espiritual y para esta empresa hacía falta una intensa campaña cultural que Roosevelt, con su clarividencia, planeó a grandes rasgos desde que vió el peligro. Entendió que en la acción pro solidaridad continental correspondía a su país una tarea mayor, una posición destacada dada su potencialidad y su aptitud para organizar y llevar a cabo empresas de gran magnitud, pero no perdiendo detalle y preocupado por evitar falsos e inconvenientes aspectos, destacó que se trataba de una verdadera cooperación entre naciones soberanas. Así lo exigía la naturaleza de la empresa y las posibilidades de realización dada la susceptibilidad natural de los países del hemisferio y la igualdad de jerarquía que les asigna el mismo culto a la libertad, evidenciado desde sus orígenes, y el mismo orgullo por su soberanía e independencia.

Es conocido el espíritu de empresa que caracteriza a los

norteamericanos, su capacidad de organización y su constancia en el esfuerzo. Un propósito expresado puede en general considerarse una realidad futura. La empresa planeada puede ser difícil, pero a un pueblo con intenso sentido de responsabilidad y gran capacidad organizadora, las dificultades le resultan un aliciente.

Los suspicaces dirán que en la acción cultural norteamericana hay también un propósito de propaganda nacional. Es evidente que lo hay, pero muy loable; el de hacer conocer los frutos de su cultura. Sabe esa nación que en los países latinoamericanos se juzga a las naciones por su aporte a la cultura; sabe que por culpa propia y por la acción de sus enemigos se la hace pasar por una civilización materialista, preocupada por los negocios, grosera y chabacana, carente por lo tanto de expresiones espirituales; sabe que la propaganda enemiga en tierras de América viene trabajando desde hace mucho tiempo por algo más que por los mercados, por influenciar en el aspecto moral, intelectual y artístico de su vida.

La política cultural tiene un carácter y finalidad que es consustancial con las modalidades y aspiraciones de quienes la inspiran y realizan. Por eso la política cultural norteamericana difiere, fundamentalmente, de la seguida por la tendencia pangermanista y nazista que, imbuída de un complejo de superioridad racial, utiliza para sus fines de conquista todos los recursos que están a su alcance. Hay en ella un propósito disimulado, una actitud artera, un empeño de dominación.

En la norteamericana, por el contrario, su propósito sincero ha sido expuesto claramente, es comprensible y aceptable. Un profundo sentido realista y una larga experiencia les indica que para la mejor comprensión y vinculación no hay nada más eficaz que el mutuo conocimiento. Y vincularse y cooperar es indispensable para la defensa continental, no sólo frente a la posible invasión de ejércitos enemigos, sino frente a algo peor: la difusión y atrincheramiento en los espíritus de ideas contrarias al dogma sagrado de la libertad, esencia de la vida americana.

Nación fundada por núcleos de inmigrantes ansiosos de libertad, organizada en base al respeto a la personalidad humana y desarrollada en el culto fiel y fervoroso de la libertad, Estados Unidos de Norteamérica está penetrada de un profundo y religioso sentido de la libertad.

Alemania nazi no dejó de contemplar en todos los aspectos posibles el problema de la preparación de su plan para la dominación del mundo, que fundaba en la propia superioridad racial, que creía realizar gracias a su genio militar y a su organización totalitaria y que mantendría por el imperio de la opresión y del crimen.

Entre las actividades desarrolladas para preparar las llamadas quintas-columnas cabe mencionar, fuera de la del soborno, las acciones "kulturales". Al Instituto Ibero Americano de Berlín se atribuye la astucia política de la Hispanidad, unidad funcional teocrática, de hegemonía española, que importa la restauración del imperio; creación del misticismo de un cerebro español utilizada por otros para explotar, desviar y profanar el espíritu religioso con fines de política totalitaria, la misma denunciada y condenada por el Papa.

Ese es el origen del filipismo a que me he referido en una disertación reciente sobre los "Ideales de Mayo", y que intérpretes capciosos me atribuyen el propósito de aludir a la iglesia y a sus jerarcas, lo que honradamente no pueden deducir de mis palabras, que están escritas.

Confieso que esa reacción, determinada por mis expresiones francas y patrióticas, me alarma por lo violenta y profusa. Me alarma, no por los agravios dirigidos a mi persona, que nada significa, sino por lo que pudiera ser prueba de la existencia de un extravío más profundo y vasto que el supuesto.

Responsabilidad de los Estados Unidos

Estados Unidos de Norte América, país de los grandes contrastes, presenta en su historia profundas alternativas en la vida política y social. Por eso no son pocos los que dudan

de la continuidad de la sana política internacional que en los últimos tiempos impuso Roosevelt. Cabe esperar, sin embargo, que con tan extraordinario gobernante pueda haber empezado una época de afirmación democrática y anti-imperialismo real y definitivo, porque su acción gubernativa fué profunda: comprometió el honor de la nación y penetró hondo en el pueblo norteamericano en el que actuó con su *dialéctica a la vez realista y moral*.

En el mundo de los hombres libres la palabra y la conducta de Roosevelt despertó esperanzas, su liberalismo reajustado satisface, porque al hacer justicia asegura la vida digna por el goce de las cuatro libertades. Hay en su doctrina, como en Roosevelt mismo, ideales y realismo.

El prestigio de Estados Unidos ante el mundo, el sacrificio de tantos muertos por la causa de la libertad, y la consolidación de una paz verdadera, exigen de los norteamericanos lealtad a la doctrina de Roosevelt.

Gobernar es enseñar

Nos ha tocado vivir una época histórica de intensa actividad, en medio de un conflicto tremendo en el que peligró la suerte de la libertad.

Naciones pacíficas fueron agredidas por ejércitos poderosos y el avance triunfante de las hordas de la opresión pareció en cierto momento, que subyugaría al mundo entero.

Pero el inteligente empeño de los conductores democráticos pudo más que la obcecada malignidad del nazi. Los ejércitos de la libertad, organizados en base a la responsabilidad individual, que impulsa al cumplimiento del deber por un ideal generoso, fueron más eficaces que los de la opresión movidos por la prusiana disciplina del déspota en pos de una ambición desorbitada.

En el desarrollo del accidentado y penoso conflicto hemos visto destacarse dos vidas antagónicas, luminosa una y tene-

brosa la otra, identificadas cada una con empresas de objetivos y caracteres contrarios: liberación y opresión.

Dos conductores que empiezan y terminan casi al mismo tiempo, pero cuyos orígenes, trayectoria y fin, son la antítesis.

El opresor surgió para vigorizar y conducir la realización de un acariciado empeño de dominación mundial.

El libertador surge ante el doble peligro de una agresión bárbara y de un pueblo despreocupado por todo lo que no fuese labor pacífica.

El déspota muere bajo los escombros de su fortaleza de hierro y cemento; muere en la ignominia y su recuerdo espanta. Al libertador lo sorprende la muerte afanado en asegurar las cuatro libertades, en procurar la felicidad de los pueblos bajo el imperio de la justicia. Muere en la esperanza de un mundo mejor; su recuerdo ejemplariza y emociona.

Recordar a Roosevelt será siempre, a más de un merecido homenaje a su persona, una lección provechosa, pues todo comentario a su obra múltiple enriquece el conocimiento, aviva la responsabilidad y estimula la acción. Es que en el gobernante que fué Roosevelt hay también un maestro. Y él lo sabe: "El gobierno —dice— incluye el arte de formular leyes y de usar la técnica política para conseguir todas aquellas que cuenten con el apoyo general; más persuadiendo, dirigiendo, sacrificando, enseñando siempre, ya que quizás el deber más grande de la ciencia del gobierno *es enseñar*".

¡Que su lección nos sea provechosa!

¡Gloria al gran maestro y gobernante ejemplar!

JOSUE GOLLAN (H.)
